
EL SAHARA OCCIDENTAL Y ESPAÑA

HACE dieciséis años se concluía en Madrid el reparto salomónico de un territorio vinculado a España durante casi un siglo, creyendo así liquidar un problema pero generando en realidad varios nuevos. El asunto, un abandono de responsabilidad internacional que recordaba, salvando las distancias geográficas y humanas, la inhibición británica en Palestina en mayo de 1948: quitarse un problema de encima no supone su solución.

Recordemos la secuencia de los hechos y repasemos su evolución posterior, la conversión de un problema en muchos problemas. Como otros países colonizadores, España intentó prolongar su dominio sobre el Sahara Occidental con diversos pretextos y argucias. La independencia de Marruecos en 1956 había dejado sin resolver el problema de la soberanía de varios territorios vinculados geográficamente a dicho país pero ocupados por España: Ifni, Tarfaya y el Sahara Occidental. El movimiento nacionalista marroquí considerará incompleta la independencia sin la recuperación de esos territorios (a los que habría que añadir Ceuta y Melilla de un lado y Mauritania de otro); por eso ejercerá presiones y acciones guerrilleras a través del Ejército de Liberación, controlado por el ala izquierda del nacionalismo. En enero de 1958, en coincidencia con la insurrección de Ifni y el asedio del El Aaiún protagonizados por dicha guerrilla, se decreta la provincialización de Ifni y el Sahara; lo cual justificará que el gobierno de Franco responda negativamente a las Naciones Unidas a propósito de la posesión de Territorios No Autónomos. Aunque el territorio de Tarfaya, limítrofe con el Sahara, había sido transferido a Marruecos, los problemas con nuestro vecino del sur apenas si habían empezado a surgir. Por otra parte, la verdadera colonización del Sahara empezaba entonces.

La década de los sesenta, que se abre con la resolución 1514 (XV) de la ONU (Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales) será cuando proliferen las independencias de los países africanos (en el

entorno más inmediato, Mauritania en 1960 y Argelia en 1962). Las acciones del Gobierno español pretenden frenar el proceso. Pero si la política ejercida desde el Ministerio Castiella (Asuntos Exteriores) está al tanto de los aires que corren y busca prolongar al máximo la permanencia en el Sahara, la dictada desde Presidencia (Carrero y el propio Franco) está cerrada a cualquier posibilidad de abandono.

Aunque la relación con Marruecos se distiende desde la entronización de Hassan II en 1962 hasta 1966 (el llamado espíritu de Barajas), los esfuerzos marroquíes por bilateralizar con España la cuestión del Sahara no logran resultados. Antes bien, el Gobierno español pretende por todos los caminos evitarla tejiendo incluso lazos con Argel y Nuakchot, a pesar de que esta última está embarcada también en un proceso de reivindicación del Sahara. Ifni es retrocedido a Marruecos en 1969 fruto tardío del mencionado espíritu de distensión, pero para nada afectará a la cuestión sahariana, disociada claramente por España desde 1964 de las otras reivindicaciones de Marruecos.

La autodeterminación

LA autodeterminación del Sahara es un asunto complejo y ha contado a lo largo de la historia reciente con los más contradictorios defensores. Fue defendida en 1966 por Marruecos (Comité de los 24, Addis Abeba) —fracasados sus intentos de negociar con España su restitución— como una argucia para acelerar un proceso de descolonización que lleve finalmente a la integración en Marruecos. Por otra parte la autodeterminación va a ser el arma esgrimida por España en 1973 como colofón de una política de autonomía interna que debía conducir a una independencia en la órbita hispana. Ante lo que ve como una maniobra, Marruecos cambiará una vez más de táctica para reclamar directamente el territorio en el marco de una operación interior consensuada con las fuerzas de oposición estableciéndose un clima nuevo con aires democratizadores. Sólo se avendrá a compartir el territorio con Mauritania en los acuerdos de Madrid, realizados en la precipitación de fin de reino que vivió España en los últimos días de Franco.

□

Cuatro años más tarde, apartada Mauritania del escenario saharauí, Marruecos recupera el control de casi todo el territorio, paulatinamente encerrado en varios cinturones fortificados contra la guerrilla saharauí que combate la ocupación marroquí. La autodeterminación, principal reivindicación del Frente Polisario, se convertirá una vez más en objetivo verbal de la posición oficial marroquí desde la reunión de la O.U.A. de Nairobi en 1981, para evitar un aislamiento continental e internacional. Pero aceptando un referendun que se demora ya una década, el monarca marroquí choca con una oposición interior, más intransigente que el propio soberano, que se niega a ceder en la cuestión. Durante más de diez años, el Sahara se ha convertido en el gran handicap que obstaculiza el juego político en Marruecos: todo (juego político, Parlamento, economía, desarrollo) está subordinado a esta gran cuestión pendiente.

CON el acuerdo de Madrid, España no resolvió ni el problema de la descolonización ni las siempre difíciles relaciones con Marruecos. Ante la comunidad internacional (ONU, OUA) la cuestión sigue considerada como una descolonización incompleta, que necesita un referendun limpio de autodeterminación que decida la voluntad de sus habitantes. Con Marruecos, el tema ha seguido presente como uno más de los contenciosos que complican las relaciones (más Ceuta y Melilla, la pesca, la inmigración), convertido en arma de presión. Los distintos gobiernos de la monarquía española no se han sentido libres de las ataduras que dejó en la cuestión saharauí el último gobierno del general Franco. Marruecos pesaba —y pesa— mucho en las relaciones exteriores de España para denunciar los acuerdos de Madrid, como solicitaban los socialistas desde la oposición. Una vez en el poder, la cuestión fue hibernada para no provocar a un vecino que tiene demasiados resortes en su mano.

Para la opinión pública española, la cuestión saharauí ha tenido también sus componentes míticos que han complicado y hasta recreado el problema. La apuesta por la independencia del Sahara aglutinaba tendencias y opiniones divergentes. Resulta sintomático que entre los más ardientes defensores de la República Árabe Saharaui Democrática, hayan estado siempre, y junto a la izquierda española, importantes sectores de militares africanistas. Cabe pensar que en el fondo subyace

un viejo sentimiento de hostilidad al «moro», identificado con Marruecos. El nacionalismo saharaui fue inicialmente propagado por la colonización terminal española, aunque encontró en el precipitado abandono español razones para su cohesión propia. Por su parte, el irredentismo marroquí no supo encontrar un puente con este movimiento que pudo —en tiempos de su primer dirigente (El Uali)— haberse transformado en un elemento «autonomista» que militase por la regionalización de Marruecos. Por medio se introdujeron las ambiciones hegemónicas de Argelia y Marruecos que desviaron aún más el problema.

ESPAÑA no ha sabido tampoco ser neutral ni imponer a Marruecos su independencia de decisión. Ha soportado las presiones de Marruecos que pretendía dictar su voto en la ONU así como que se inhibiese de cara al referéndum. En un mundo en el que los derechos humanos empiezan a no considerarse un asunto interno de los países, las contemporizaciones con Marruecos sólo pueden abocar a que nunca se celebre la consulta saharaui o a que se convierta en una ceremonia más de las manipulaciones electorales de la cocina marroquí. Si además España contribuyó a que un problema derivara en muchos, justo sería que hoy contribuyera con todos sus medios a resolverlos.